

EL GLADIADOR DE CHUECA

de

Carlos Sanrune

A José Luis, para siempre.

(...) Habrá como cuatro domingos que yendo éste a mercar carne, halló en el mercado a T. Nicolà (...) y habiendo el declarante trabado conversación con el dicho Nicolà le cogió la mano y con el dedo de en medio le rascó la palma de la mano y el declarante hizo lo propio con él, rascándole también la palma de la mano a dicho Nicolà, pues ya entendía lo que quería decir (pues ya con otros que declara más adelante le había pasado lo propio y le había dicho lo que aquello significaba) y dicho Nicolà le había dicho que le daría un real si se lo dejaba meter por el culo y éste por el interés de lo que le ofrecía, le respondió: "pues ya deberíamos estar en eso, y dicho Nicolà le dijo: "pues vamos a la pescatería donde hay letrinas y allí lo haremos" (...) Ambos entraron en una letrina y dentro que estuvieron se quitaron las capas y se bajaron los calzones, y poniendo el declarante el cuerpo doblado, estribando las manos en la pared sacando el culo, dicho Nicolà sacó el miembro y viendo que no lo tenía tieso y éste le cogió el miembro con la mano y empezó a meneársele y hacerle la puñeta (...)

(...) el dicho Nicolà por el agujero del culo le metió parte del miembro, el cual le detuvo dentro muy poco, porque como se hallaba ya el agujero del culo mojado, el propio miembro se salió y el declarante no puede decir con certeza si se metió dentro o al entrar (...) Y volviéndose a subir los calzones ambos, dicho Nicolà le dijo que tomase un sueldo del real que le había prometido, que pues no se lo había metido, bastante tenía con el sueldo, y éste tomó el sueldo y le respondió éste: hombre, me lo has metido tres o cuatro veces, ¿de que te quejas? y él respondió: "Menacha (sic) la Verge Santísima, que no te lo he metido."

Declaración de Manuel Romà, aprendiz de cirujano de catorce años (6 de junio de 1712).

Archivo Histórico Nacional. Inquisición, leg. 560, nº 11, citado por **Rafael Carrasco** en su obra *"Inquisición y Represión Sexual en Valencia. Historia de los sodomitas (1565-1785)"*, Editorial Laertes, Barcelona, 1986.

Al Alejo yo lo he querido mogollón, más que a nada. Ni al Casado lo había querido tanto, ni la mitad. Era la rehostia, era mi vida entera y mucho más aquel menda. Yo sólo pensaba en él y me volvía majara por su culpa. Cuando lo veía venir hacia mí haciendo gilipollecas, porque a veces era cantidad de chorra, me moría por él. Cuando iba andando detrás y le veía aquel culito, con los pantalones ajustados, ya me estaba poniendo cachondo, aunque hubiésemos acabado de meneárnosla diez minutos antes. Si había algún día que se iba a jugar al fútbol, yo me quedaba chunguísimo hasta que volvía. Aquella bola era un puntazo, una cosa buena de verdad.

Tan auténtico, tan chachi era aquello, que me volví cantidad de celoso, más que con el Casado. Me di cuenta de que yo era muy celoso y pasional. Que si se enrollaba mucho con algún menda, o si le hacía a otro colega más caso que a mí, era como si me dieran una patada en los huevos. Esos celos era algo que no podía evitar, pues era superior a mí, no los controlaba, ¿entiendes?

Entonces, como te digo, empecé a conocerme y a darme cuenta de lo pasional que yo era, tanto que pensaba que sería capaz de matar por rollos de amor, como en las películas, o como en los casos esos que a veces salen en el periódico y hablan de tíos que han matado a su parienta porque se fue con otro. Pensar en esto me acojonaba mucho, sobre todo cuando me sorprendía diciéndome que si el Alejo se enrollase con algún otro menda y yo los sorprendiese en plena acción, dale que te pego, los mataría, a los dos. Y luego, hecho polvo porque no podría vivir sin él, me mataría yo. Pero claro, eso sólo eran ideas gilipollas, aunque cuando lo pensaba me acojonaba un poco

No te rías, joder, que es verdad. Que yo me di cuenta de que por él hubiese dado mi puta vida, pero también me lo hubiese cargado. Por eso me alucinan tanto los crímenes pasionales de esos que te decía antes, los de los periódicos, ¿entiendes?, aunque sé que quien hace eso es un cabrón y un hijoputa, porque nadie tiene derecho sobre la vida de la pareja, que todo quisque es libre para enrollarse con quien le salga de la punta el nabo, o del chocho, según sea el caso, ¿no?

Pero bueno, entonces yo me di cuenta de eso, de que era cantidad de pasional y de celoso. La pena es que desde entonces no haya vuelto a sentir lo mismo. ¿Que me enrolló con alguien y al mes se va con otro que se lo folla mejor?, pues que se largue, porque ya no los quiero como quise a aquel coleguita, al Alejo. Aunque también es cierto que ha habido algún chavalito que me ha enrollado un poco más de lo normal y enseguida he empezado a sentir un pelín de aquello que sentía con el Alejo, pero nunca mucho. Pero el rollo éste, lo de lo pasional y

celoso, hace que a veces me dé un poco de miedo colarme demasiado por algún menda, pues recuerdo que con el Alejo era algo que molaba cantidad, pero también dolía un huevo, ¿no? Además, que no vivías para ti, si no que vivías para él, y eso jode.

Bueno, pues eso, que la bola con él fue cantidad de pasional. Fíjate si yo estaba colado, que te voy a decir una cosa que a lo mejor no te crees. Yo al Alejo lo reconocía por el olor, es decir, que se ponía detrás de mí sin que yo lo supiese y sin decirme ni mu, y yo lo reconocía por el olor. Y no creas que es que el chaval no se duchaba o que llevaba algún tipo de colonia, que no. Era cantidad de limpio, bueno, dentro de lo limpio que podíamos ser allí con ducha semanal, apenas sudaba y para el resto de la gente seguro que no olía a nada. En cambio mi menda conseguía olerlo. Lo olía, tío, lo olía, y era por lo colado que estaba.

Estábamos coladísimos el uno por el otro. Siempre juntos y casi siempre solanas, sin necesitar a ningún pringao más. Para estudiar por las tardes nos íbamos siempre a la biblioteca, que era donde podíamos seguir juntos, porque si te quedabas estudiando en el aula, cada uno tenía que estar en su pupitre, ¿no? Nos sentábamos en una de las mesa pequeñas, de esas cuadradas con cuatro sillas, que había en la biblioteca. Si nos sentábamos uno enfrente del otro, entrelazábamos las piernas, las tuyas con las mías, y así estudiábamos durante horas. Si nos sentábamos uno al lado del otro, me ponía su muslo encima del mío. Y mi menda, con sólo sentir el calor de aquel muslo, ya era suficiente como para sentirme el tronco más feliz del mundo, ¿no?

Fíjate si le echábamos morro, que hasta en el comedor, a la hora de jamar, con cien pringaos delante, hacíamos lo mismo que en la biblioteca, el rollo ese de entrelazar las piernas o que me pusiese su muslo encima del mío. Imagino que la gente debió largar cantidad por esto y por otras cosas, pero nunca nadie nos dijo ni mu, ni insinuarlo siquiera. Debí de ser porque a mí me respetaban cantidad en el colegio, porque podría haberle dado de hostias a cualquiera. Sólo cuando hablaba con los colegas del Casado, los tíos aquellos de Córdoba, notaba como un cachondeo raro, pero tampoco nunca dijeron nada.

Pero el caso es ése, que jamás nadie se metió con nosotros a pesar de hacer en público algunas cosas que sonaban a mariconeo, como eso de las piernas y lo de tumbarnos los dos en una sola cama para charlar por las tardes en la habitación, ¿no? Pero la verdad es que también nuestros mendas pasábamos cantidad de los demás y nunca buscábamos bronca, nosotros a nuestra bola y los demás no nos importaban mucho. Sólo una vez vi algo un poco raro, pero fue una gilipollez. Fue una vez que estuvimos en el tejado, a nuestro rico rollo, y cuando bajamos encontramos que algún pringao había atado la puerta con una cuerda y no podíamos salir del cuartito de las llaves donde estaban las escaleras por las que subíamos al tejado. Pero con un par de empujones la abrimos. Algún gilipollas que quería jodernos, ¿no?

Me acuerdo ahora de una tarde que estábamos en el dormitorio, sería ya casi a final de curso y como hacía calor, él estaba en calzoncillos y mi menda también. Estábamos los dos en mi cama, que estaba al final del dormitorio, contra la pared del fondo y, por lo tanto, podíamos jipiari si algún pringao se acercaba. Había más peña en el dormitorio, pero estaban en la otra punta, es decir, lejos. Nosotros estábamos tumbados en mi piltra, yo apoyando la espalda

contra la cabecera y él apoyándola contra los pies, dándole la espalda al resto del dormitorio. Es decir, que estábamos uno frente al otro y yo vigilando si alguien se acercaba, ¿no?

Entonces yo, como estaba descalzo, empecé a sobarle la polla con un pie y él, claro, empezó a empalmarse. Los mendas que nos veían de lejos no podían percatarse de nada, pues parecía que estábamos charlando, uno medio tumbado a los pies y el otro a la cabecera de la pila, y como al Alejo lo veían de espaldas, pues no se enteraban de lo que yo hacía con mis pies, aunque mirasen para nosotros, ¿no?

Después de sobarle la polla con el pinrel durante un buen rato, cuando él ya la tenía más tiesa que el palo de una escoba, le saqué el rabo de los calzoncillos y quedó con la cola tiesa al aire, pero todo esto con el pie. Entonces empecé a meneársela como podía, pues no es nada fácil hacerlo con el pinrel, aunque sea sin zapato, moviéndolo así, muy difícil pero cantidad de cachondo. Entonces, cuando veía que el Alejo ya estaba más caliente que la hostia, empecé a meterle el dedo gordo del pie por el ojete, así, metiéndolo por un lado de los calzoncillos. Pero esto, para que lo sepas, era una cosa rara, pues ni antes ni después nosotros habíamos pasado de las pajas y de los morreos, ni siquiera una mamada, y nunca habíamos pensado que el ojete sirviese para otra cosa que para cagar y tirarse pedos, ¿no?

Total, que parece que a él le moló aquello y mientras mi menda le sobaba el ojo del culo con el dedo gordo del pie y lo movía para darle más gusto, se la meneó delante de mí, sin que los pringaos que había en el dormitorio, en el otro extremo, se percataran y poniéndome la pata hecha un asco de leche. Fue la hostia de excitante, aunque recuerdo que no volvimos a hacer nada parecido. No sé por qué, si nos moló y nos pareció dabuten, ¿verdad?

Joder, tío, como siga contándote estas cosas con tanto detalle, terminaré poniéndome cachondo, que yo me conozco, así que cambiemos de rollo.

Ya te he hablado de que mi menda era bastante buen estudiante y el Alejo también. La putada es que luego yo no pudiese ir a la universidad, pero mientras estuve en el colegio siempre sacaba bienes y notables y cosas así. Pero estudiaba, no mucho, pero estudiaba bastante. Mi coleguita y yo, a pesar de tanto folleteo y tanta pasión, le dedicábamos casi todos los días una horita o así a empollar bien, y en la época de los exámenes, más. Nos sentábamos en la biblioteca, entrelazábamos nuestras patas para sentirnos más cerca, y a empollar. Cada uno a su bola. A veces consultábamos cosas, oye has hecho este problema o entiendes esto que dice el libro, pero cada uno a lo suyo. En ocasiones se ponía algún menda a empollar con nosotros, alguno de los más colegas, y aunque a mí me jodía, porque yo prefería estar solanas con él, pues lo aceptaba. Que para algo también era colega, que para estar nosotros solanas ya teníamos luego tiempo de sobra, ¿no?

Como nosotros estudiábamos electrónica, teníamos muchas horas de taller y de laboratorio. Allí, ni en el taller ni en las aulas te dejaban fumar, por lo cual pedíamos permiso para ir al servicio y allí nos fumábamos un pito. Pero sólo dejaban salir al servicio de uno en uno, para que no se armara el mogollón allí con veinte troncos fumando. Esto era una putada para el Alejo y para mí, porque como todo lo hacíamos juntos, pues también nos molaba salir del taller juntos a fumar, ¿no? Así que utilizábamos un truco, y era que como en el taller había dos

profes, bueno, uno era el jefe y el otro, uno gordo, era una especie de ayudante, pues nos echábamos una mirada y cuando uno de los profes estaba despistado, uno iba y le pedía permiso. Luego iba el otro al otro profesor y, como no se había percatado de que ya había salido uno, pues también le daba permiso para salir. Así aprovechábamos para fumar juntos.

Compartíamos mogollón de cosas. Por ejemplo, aunque hubiésemos podido comprar cada uno su paquete de cigarros, de ducados, que era lo que fumábamos entonces, comprábamos sólo uno para los dos y lo fumábamos a medias. Nunca uno se compraba un paquete para él solo, siempre a medias. También nos cambiábamos la ropa interior, los calzoncillos y eso. A mí eso me excitaba cantidad. Abrías su taquilla y encontrabas calzoncillos de mi menda, y al revés, y eso me ponía la hostia de cachondo, ¿no?

Bueno, pues como ves, fue una bola cantidad de auténtica y legal, una historia de amor de esas que, si hubiésemos sido tío y tía, habría terminado en boda y en familia numerosa. Pero no, como casi todos los rollos de la gente que entiende, terminó mal, como luego verás.

Pero ahora que lo pienso y aunque te parezca mentira por lo que te he largado hasta aquí, yo no tengo claro si el Alejo entendía o no. Vamos, que me dicen que ahora está casado o tiene novia y que está colado por su tronca, y me lo creo, te lo juro que me lo creo. A lo mejor a ti te parece mentira, por las cosas que te he contado que hacíamos, ¿no?, pero yo no estoy seguro de que él entendiese. Él me quería cantidad, eso es cierto, pero es posible que todo lo que hizo con mi menda fuese porque yo lo inducía. Y por no decirme que no, pues me seguía en mis rollos. Claro que a todo el mundo le da gusto hacerse pajas, solo o acompañado, y más a esa edad, pero podría ser que él se dejaba porque sabía que a mi menda le molaba cantidad. Pero me mosqueaba que él nunca llevase la iniciativa, nunca se lo montaba para empezar el rollo, siempre era yo quien empezaba, ¿entiendes?

Y, además, al final de aquel curso él ya empezó a ponerme algunas pegas en el tema del folleto. No es que me dijese abiertamente que no, pero sí que a veces ponía excusas, que no le apetecía o que yo siempre estaba pensando en lo mismo. En lo demás no cambió su bola con mi menda, pues seguimos compartiéndolo todo y andando siempre juntos, incluso entrelazando las patas cuando estudiábamos, pero cuando yo empezaba a tocarle el paquete, al final del curso ya no reaccionaba tan bien como antes, ¿entiendes?

Cuando vi que cambiaba en esto, me acordé del Casado y me acojoné, porque no quería perderlo. Por eso, a la tercera vez que vi que no quería, le prometí que íbamos a dejar de hacernos pajas juntos, y le dije que a mí lo que me interesaba era nuestra bola como colegas... Porque, en ese aspecto, la historia había sido como la que tuve con el Casado, en la que nosotros nunca habíamos hablado de otra cosa que no fuese de amistad y de ser colegas. Que, nunca, ni él ni yo nos dijimos que nos queríamos como novios o como amantes, que no, que eso hubiese sido una mariconada. Él y yo éramos colegas, cantidad de buenos colegas, pero sólo colegas. Lo que pasa es que, como nos queríamos cantidad, como coleguitas, pues nos dábamos el pico y nos la meneábamos, pero para nosotros aquello no quería decir que fuésemos maricones. Eso es lo que nos decíamos, fíjate que pollada, lo mismito que con el Casado, menuda manera de justificarnos, ¿no?

Ahora parece una gilipollez ridícula, pero entonces era así como queríamos verlo nosotros... ¿Qué si yo me creía lo que decíamos? Vamos anda, claro que no, yo lo tenía clarísimo, sabía de qué iba a aquello perfectamente, pero me daba pánico que si aceptábamos lo que significaba nuestro rollo, o si usaba expresiones que lo diese a entender completamente, como por ejemplo, decirle te quiero o mi amor, o algo así, él empezase a comerse el coco, pues ten en cuenta que la represión y los prejuicios de la peña son muy fuertes, sobre todo a esos años. Así que nunca hablamos de ese tema, nunca intentamos hablar de lo que en realidad era nuestra bola, y por eso tampoco le decía eso de te quiero, o amor mío u otras mariposadas de esas. Nosotros lo enmascarábamos todo detrás de aquella explicación tonta que decía que éramos simplemente los mejores colegas del mundo.

Como puedes ver, que en este sentido el rollo fue como con el Casado, donde recordarás que pasaba lo mismo, ¿no?, que nos decíamos eso de que nos queríamos más que hermanos, mientras nos dábamos el morrito y nos la meneábamos mutuamente, je.

¿Por qué te decía todo esto? ¡Ah! sí, te estaba comentando aquello de que yo veía cada día más chungo poder continuar con nuestro rollo tal y como a mí me molaba, porque a él parecía que le mosqueaba cada vez más. Aun así de vez en cuando conseguía que nos enrollásemos como antes, pues yo en eso era cantidad de hijoputa y me lo montaba tela de bien para ponerlo caliente y que lo hiciésemos, porque cuando un menda está calentorro a los dieciséis tacos, a ver cómo se niega, ¿no? Pero cada vez que conseguía que lo hiciésemos, al terminar le prometía que era la última vez, para que se quedara tranquilo y no se comiese el coco. Pero se lo prometí un mogollón de veces y otro mogollón de veces caímos. Él tampoco me cortaba radical, claro que es muy difícil que un menda de esa edad se niegue cuando le están sobando el paquete, ¿no?

Pero de verdad no sé por qué cambió así sobre este tema. No fue un cambio de repente, no, fue poco a poco. Fue como si él hubiese ido aguantando, bueno y disfrutando también, ¿no?, como si hubiese ido aguantando por mí y cada vez se le hiciese más jodido. Yo imagino, aunque así de claro no me lo dijo, que empezaría a jamarse el tarro y a decirse que íbamos a terminar juláis perdidos y esos rollos, como el Casado. Por eso le daría miedo. Quién sabe. Pero imagino que si eso fue así, las tuvo que pasar bastante putas, pues si le gustaban las tías, debía ser una putada eso de tener que andar haciendo el maricón, pero no porque soltásemos pluma o algo de eso, que eso nunca lo hicimos, sino por lo otro, por lo de meternos mano.

Pues eso, que caso de ser lo que yo creo, debía joderle cantidad. Y estos rollos tan chungos, que son rollos del coco, nunca terminan bien, ¿no? Total, que así estábamos. Yo le prometía que no íbamos a volver a hacernos pajas ni morrearnos, pero a los pocos días se lo tenía que volver a prometer porque acabábamos de hacernos una. Y como quedaba poco tiempo para terminar el curso, pues así seguimos.

Cuando llegó el fin del curso cada uno se fue para su casa. Él a Murcia, a Totana, y mi menda al pueblo de Madrid. Cuando lo vi montar en el bus a mí se me rompía el corazón. Verlo allí, en la ventanilla, diciéndome que le escribiera y recordándome que quien llegase al año siguiente primero que cogiese cama en el dormitorio para el otro, para estar juntos, me jodía cantidad, porque lo quería, tío, lo quería. De buena gana hubiese llorado o le habría dicho que se bajase

del puto autobús y que los dos mandásemos a la mierda a nuestras familias, a nuestros colegas y a nuestros pueblos y que nos fuésemos por ahí, al extranjero o a una isla desierta, como esas del Robinson, donde los dos pudiésemos estar enrollados siempre y solanas, sin mirandas ni pringaos alrededor.

Pero ni lloré, aunque fue porque me daba corte, ni le dije lo de irnos los dos, porque no creo que nos hubiésemos atrevido, ¿no? Así que, para mi menda, a pesar de lo estrecho que se estaba poniendo el Alejo al final, el curso terminó cantidad de bien. Nuestra bola seguía cojonuda y yo estaba tan colado por él que creía que la iba a palmar aquel verano por no poder verlo.

Luego me he preguntado si él no trató de terminar el curso lo mejor que pudo, sin malos rollos y por eso aguantó. A lo mejor estaba hasta los huevos de mis mariconeos, pero por no joderme al final, se dijo que había que aguantar. O a lo mejor fue auténtico y sincero hasta el final, que como luego pasó lo de su vieja, pues ya nunca lo pude saber, ¿no?